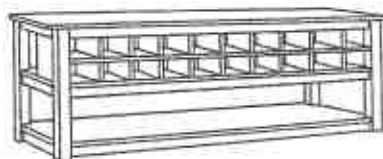


1

Anuario de estudios sobre los exilios culturales españoles Año 2002



Editorial / Manuel Aznar Soler e Ignàcio Soldevila Durante / 3

Estudios, ensayos e investigaciones:

Sebastian Faber (Oberlin College, EE.UU.), *Max Aub o la aporía del exilio* / 5

Teresa Ferriz Roure (Universitat Autònoma de Barcelona), *Visiones y revisiones de Max Aub: algunas notas en torno a su recepción en México* / 24

Javier Lluch Prats (Universitat de València), *Propuesta para una reautorización de Max Aub: Campo del Moro y Las buenas intenciones* / 33

Eloísa Nos Aldás (Universitat Jaume I de Castelló), *El testimonio literario de Max Aub sobre los campos de concentración franceses (1940-1942)* / 52

Textos y documentos:

Manuel Aznar Soler, *Max Aub en una polémica de 1946* / 68

Bibliografía:

Ignacio Soldevila Durante, *Maxaubiana 2001* / 77

Reseñas:

Sergio Arlandis, *Un poeta en la sombra. Max Aub y su Obra Poética Completa* (Tomo I de las Obras Completas de Max Aub) / 142

Dolores Fernández Martínez, *Jusep Torres Campalans* / 149

Luis García Jambrina, *Una edición ejemplar* ("El laberinto mágico" I, tomo II de las Obras Completas de Max Aub) / 155

Juan Rodríguez, *Manuscrito Cuervo. Historia de Jacobo* / 158

Ignacio Soldevila Durante, *Diarios 1939-1952* / 161

Gonzalo Sobejano, *El compromiso de la imaginación*, de Ignacio Soldevila Durante / 164

Notas críticas:

Manuel Aznar Soler, *Franquismo e historia literaria: sobre la reedición de Mis páginas mejores*, de Max Aub) / 167

Varia:

María José Calpe Martín, *El archivo tiene la palabra* / 178

Max Aub o la aporía del exilio¹

*Sólo se juzga el ayer a la luz de cuando
sea y con un conocimiento de causa
del que carecía el autor. No es justo.*

Max Aub

Fracaso literario

En una carta de marzo de 1963 al joven investigador español José R. Marra-López, Max Aub se queja de la cruz del escritor exiliado. Uno de los obstáculos mayores, escribe, es el de la distribución: la imposibilidad de que los libros lleguen al público a que fueron destinados. En una carta anterior, Marra-López le había comentado que, al preparar su libro sobre la *Narrativa española fuera de España* (1963), le había sido imposible consultar todas las obras de Ramón Sender. Según Aub,

El solo hecho de aceptar el no haber podido leer toda la obra de Sender o la mía es revelador, ya que no se trata de voluntad sino de imposibilidad material que demuestra, una vez más, la para nosotros adversa realidad, cada día más contraria a nuestra obra, ya que los libros se agotan y no hay manera de reeditarlos ni aquí ni allá.

Aub da la impresión, sin embargo, de que la ausencia de lectores y la consiguiente falta de resonancia no le han desanimado mayormente:

Lo que me ha ayudado a sobrevivir, como escritor —es decir, como hombre— es, curiosamente, mi indiferencia hacia lo que pudiera parecer mi obra al público. Lo debo a las escuelas literarias con las que conviví en mi juventud. El desprecio del éxito —sentimiento fundamental de los surrealistas, que nunca fueron ejemplo para mí— fue y tal vez aún es mi sentir profundo.²

En realidad, sin embargo, aquí Aub se hace más fuerte de lo que es; el “desprecio del éxito” del que se ufana con Marra-López no siempre le bastaba como antídoto contra el desengaño. En sus diarios, su fracaso como escritor —el no ser leído— es uno de los temas que más le preocupan; y queda claro que, en varios momentos, la falta de público llegó a desmoralizarlo seriamente. En julio de 1951, por ejemplo, predice con pesimismo que la publicación de *Campo abierto* pasará desapercibida. “Me roe como nunca la falta de público”, dice: “al fin y al cabo, mi fracaso”.³ Y aunque en julio de 1955 escribe: “Debiera desalentarme, no me desaliento”, en diciembre admite: “No hay duda que es-

¹ Lo que sigue es un resumen parcial del capítulo 6 de mi tesis doctoral (University of California at Davis, 1999), cuya versión revisada se publicará como *Exile and Cultural Hegemony: Spanish Intellectuals in Mexico, 1939-1975* (Tennessee: Vanderbilt University Press, 2002). Quiero dar las gracias al Programa de Cooperación Cultural del Ministerio de Cultura de España, que me permitió consultar el epistolario de Aub archivado en la Fundación, y a Neil Larsen, Teresa Férriz y Marta Altisent por leer y comentar versiones previas del texto. Un artículo dedicado a las relaciones entre Aub y el régimen anfitrión, basado en otra sección de este capítulo, aparecerá en breve en la *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*.

² Carta a José R. Marra-López (28 de marzo de 1963), Fundación Max Aub, Segorbe.

³ Aub, Max: *Diarios (1939-1972)* (Alba), Barcelona, 1998, p. 192.

tos datos [...] están en la base de la desconfianza que siento por mi obra".⁴ Y es que la fama le importaba: en cierto modo, Aub se había hecho escritor para que le notaran, para que le tomaran en cuenta. Confiesa en varios momentos que escribe, al menos en parte, "para salvarme y ser famoso" y para conquistar "un lugar en las historias de la literatura". "[M]e conformo con ser segundón", dice, "pero [quiero] estar ahí, dejar constancia".⁵ Por supuesto, no le faltaban motivos para temer que su exilio amenazara esta supervivencia literaria y que se extinguiera la huella que tanto se empeñaba en dejar, aunque sólo al volver a España en 1969 se dio cuenta de hasta qué punto la dictadura habría logrado "borrar del mapa" a él y a sus compañeros del exilio.⁶

Al igual que otros escritores del exilio —Luis Cernuda, por ejemplo—, Aub se sintió doblemente aislado. En cierto modo, había sido un exiliado durante toda su vida. Nunca se sintió completamente aceptado en México, donde siempre lo verían como español; pero tampoco en España habían dejado de considerarlo como forastero, mirándole con alguna sospecha, o ignorándolo sutilmente.⁷ Para Aub, no cabía duda de que la causa de

esta eterna marginación radicaba en sus orígenes franco-germánico-judíos: "¡Qué daño no me ha hecho, en nuestro mundo cerrado, el no ser de ninguna parte!" exclamaría en 1945. Quizás gracias a esta posición excéntrica, sin embargo, de todos los escritores del exilio fue Aub quien mejor entendió y supo reflejar lo que el exilio tuvo de fracaso, no sólo en un sentido literario sino también político.

Un realismo apórico

Aquí me propongo argüir precisamente que la aguda conciencia del fracaso le permitió crear a Aub una literatura excepcional —una literatura cuya tremenda fuerza surge, paradójicamente, del impasse político del exilio: de la imposibilidad, dadas las circunstancias internas y externas, de realizar el proyecto progresista y unificador del Frente Popular. Los textos de Aub representan, por tanto, lo que se podría llamar un *realismo apórico*. El exilio, para Aub, es un callejón sin salida; no hay escape. Pero ese dato lo eleva Aub a una altura y aplicación universales. De ahí que la imagen del laberinto sur-

⁴ Aub, *ob. cit.*, pp. 266, 269.

⁵ Aub, *ob. cit.*, pp. 108, 234.

⁶ En 1968, Aub escribe en su diario: "Viene a verme un joven sevillano. [...] Sabe —más o menos, mucho menos que más— quién soy. [...] [M]e confirma lo que me dicen y escriben cada día: nadie sabe quién soy en España. Lo digo por los que aquí aseguran lo contrario: para hacerse ilusiones acerca de ellos. Nos borraron —y bien— del mapa" (*Diarios*, p. 432).

⁷ El 2 de abril de 1971, anota en su diario: "Al releer hoy en el número IX de *Hora de España* lo que publicó Manolo Altolaguirre acerca de 'Nuestro teatro' me quedo un poco triste al ver [...] que no está mi nombre entre el de tantos —todos— los que allí estábamos. [...] Y es que siempre [...] me tuvieron aparte. La razón es demasiado sencilla: ¿cómo iba a ser su igual a ellos, la mayoría andaluces, ese francés medio alemán? Así, de frente, nunca me lo hicieron notar como aquí, en México ¡por español!, pero había —menos en mis amigos-amigos— una zanja que sólo al cabo de cincuenta años (y tal vez por lejanía) se ha semicolmado. Y aún están un poco asombrados" (*Diarios*, p. 477).

ja no sólo como metáfora por antonomasia del exilio sino también del mundo en que le ha tocado vivir: el mundo de la guerra fría, el de la elección imposible.

En Aub la aporía del exilio se manifiesta de dos formas principales. En sus piezas teatrales, relatos y novelas el impasse exílico aparece, primero, como una serie de diálogos que, en vez de acercar a los interlocutores, evidencian la imposibilidad fundamental de llegar a un acuerdo. En segundo lugar, la aporía exílica se refleja en el hecho de que los textos más largos de Aub carecen de protagonistas individuales y, sobre todo, de una trama propiamente dicha. Es el caso del *Laberinto mágico*, por ejemplo, cuyos volúmenes son grandes lienzos compuestos casi únicamente de subtramas y personajes secundarios. Aub escribe crónicas de la guerra, pero no es capaz, o no está dispuesto, a convertirlas en narraciones épicas históricas. Según Michael Ugarte, *El laberinto mágico* es “la historia de cientos de personas que no sólo cuestionaron los máximos fundamentos de la guerra sino también su propio papel en la guerra”.⁸ El realismo particular de Aub se puede ver, así, como una expresión de la *imposibilidad* de cualquier escritura realista convencional, imposibilidad que se relaciona directamente con la condición exílica. El exiliado está, en cierto modo, fuera de la historia; el tiempo se ha parado y la realidad se ha vuelto tan precaria y elusiva que ya no se amolda a las necesidades de una trama novelesca convencional. El “dilema de base en

el proyecto de Aub”, afirma Ugarte, es la imposibilidad de la “recuperación y el ordenamiento del pasado a partir del tiempo y lugar del exilio”.⁹

Al escritor exiliado que es Max Aub le falta, en primer lugar, una perspectiva global que le permita estructurar sus propios recuerdos dentro de una totalidad épica (en la novela final del *Laberinto* confiesa que incluso el propio autor se ha convertido en prisionero de sus historias; no sabe cómo salir del laberinto).¹⁰ En segundo lugar, le faltan lectores a quienes dirigir el relato de esos recuerdos. Como ya se ha dicho, al escritor del exilio se le ha despojado de su público, aislado como está de la comunidad nacional para la cual sus textos tendrían función, sentido y resonancia. Por tanto, los recuerdos tan obsesivamente apuntados en las páginas del *Laberinto mágico* están forzosamente condenados al olvido allí donde importa recordarlos, en la España franquista. A Aub, la conciencia de esta paradoja le anima a escribir crónicas caóticas y neuróticamente inclusivas; no le permite depurarse hacia una novelística concisa y nítidamente estructurada. El propio autor se expresa en el mismo sentido en las “páginas azules” de *Campo de los almendros*, donde explica por qué este libro, y los demás del *Laberinto mágico*,^{en} realidad son novelas falladas:

El novelista tiene que escoger entre miles de personajes... Escoge y no escoge, se deja llevar por los que conoce y por otros que se le pre-

⁸ Ugarte, Michael, *Literatura española en el exilio. Un estudio comparativo* (Siglo XXI), Madrid, 1999, p. 127.

⁹ Ugarte, p. 130.

¹⁰ Aub, Max. *Campo de los almendros* (Joaquín Mortiz), México, 1968, pp. 358-366.

sentan inesperadamente. Quiso escribir una novela pura..., quiso reducir su crónica y que fuera una novela verdadera, pero no pudo.¹¹

Aun así, Aub se considera realista. Para él, como es sabido, la literatura de su tiempo debe limitarse, modestamente, a ser una forma de testimonio: debe doblegarse al imperativo de contar la verdad, por más desagradable que ésta sea. Como decía en un artículo publicado durante la guerra en *La Vanguardia*, el escritor “[y]a no puede acomodar o intentar servirse de la Historia como pedestal”:

al contrario, es él el que entra a servir a la Historia. No organiza un mundo fantástico, intenta reflejarlo. No se deja llevar por la inspiración: toma notas. [...] El novelista de hoy comenta, no inventa; [...] la novela cambia de signo [...] [A]hora [...] escribir en el mundo es ver. Ver, oír y cantar.¹²

Unos once años después, ya exiliado en México, Aub desmintió a un crítico que le había clasificado como existencialista: “Me siento mucho más ligado a otro movimiento de las letras contemporáneas, más claro y normal –y, si usted quiere, heroico– [...] donde se encuentran gentes sólo dispares en

apariencia, como lo son, por ejemplo: Hemingway, Malraux, Ehrenburg, Koestler, Faulkner, O’Neill”. Escritores todos que

desde luego, a pesar de sus esfuerzos no pueden pasar de reflejar la época. Con fe distinta, pero con fe. Un poco al modo de los cronistas de la Alta Edad Media, que tampoco debían ver muy claro en el futuro. [...] A nosotros, los novelistas o dramaturgos, sólo nos queda dar cuenta de la hora en crónicas más o menos verídicas.¹³

“Creo que no tengo derecho todavía a callar lo que vi para escribir lo que imagino”, dijo en 1946 al publicar *El rapto de Europa* (*Diarios*, 16).¹⁴ En consecuencia, mucha de su obra tiene un importante aspecto autobiográfico. Aub escribe sobre los eventos que le tocó vivir: la Segunda República, la Guerra Civil, los campos de concentración, el exilio y la vuelta a España. Por la misma razón, sus textos están impregnados de una sensación de fracaso, traición e indignación. Y aunque pocas de sus obras carecen de sentido del humor, el sentimiento que predomina es el de la tragedia, que a veces no puede por menos que convertirse en sarcasmo.

¹¹ Aub, *Campo de los almendros*, p. 361.

¹² Citado en Aznar Soler, Manuel, “Política y literatura en los ensayos de Max Aub”, en *Actas del Congreso Internacional “Max Aub y el laberinto español”* (Ayuntamiento de Valencia), Valencia, 1996, p. 579.

¹³ Aub, Max. *Hablo como hombre* (Joaquín Mortiz), México, 1967, pp. 35-36, 40.

¹⁴ Aub, *Diarios*, p. 16. “Si un escritor se empeña en no ser hombre de su tiempo, sin vuelo necesario para serlo de todos, ni es hombre, ni es escritor”, dijo Aub en 1943 (*Hablo*, p. 17). Según Caudet, el realismo de Aub es “testimonio riguroso” y su ficción narrativa “se convierte en una forma de pensar y de razonar acerca de determinadas situaciones históricas, sociales o humanas” (Caudet, Francisco, “El realismo histórico de Max Aub”, *Ínsula*, 569 [1994], pp. 13-14).

Fracaso político

Dada esta situación, es inevitable que los textos de Aub mantengan una relación problemática con cualquier tipo de retórica oficial. Así, por ejemplo, Aub describe la experiencia española en México en términos har- to negativos. Si las autoridades republicanas y mexicanas se esforzaron en enfatizar la armonía, amistad y mutua gratitud entre los exiliados y la sociedad anfitriona, subrayando la casi perfecta integración de los españoles en México y su constante fidelidad a su causa, los personajes de Aub, casi sin excepción, desmienten esa versión oficial. Sus narradores hacen hincapié en los roces y malentendidos entre los españoles, arrogantes e ingenuos, y sus anfitriones mexicanos, caracterizados por un nacionalismo extremadamente susceptible. Aub relata las mezquinas disputas internas que paralizan a la comunidad republicana; la desesperanza del exilio y el rotundo fracaso de la lucha anti-franquista. Los exiliados de Aub suelen ser pobres criaturas sin rumbo, perdidos en el tiempo y el espacio, que han perdido el tren de la historia. Si logran sobrevivir, es porque renuncian a sus convicciones más sinceras. Muchos de los relatos destacan el irónico contraste entre la realidad y la imagen que los exiliados tienen de ella; si creen haberse adaptado al nuevo entorno, el narrador subraya su constante españolidad (“De cómo Julián Calvo se arruinó por segunda vez”).¹⁵

Si, por el contrario, continúan viéndose a sí mismos como españoles castizos, revela hasta qué punto se han mexicanizado: “Quince años de vivir en México les habían cambiado del todo en todo aunque ellos perjurarán lo contrario –creyéndolo–” (“La merced”).¹⁶

La más dura de las muchas verdades expuestas por Aub fue sin duda el fracaso político del exilio. Aub fue uno de los pocos que lo reconocieron tempranamente, y su visión abiertamente pesimista no fue bien recibida por sus compañeros exiliados y sus líderes políticos. Así, en 1954 describe en su diario una celebración en honor del poeta León Felipe, en la cual pronuncia Aub un discurso en que admite que el mundo ya ha olvidado a los exiliados de la República. “Nunca me había costado tanto un texto”, admite. Y sigue:

Fracaso. Los comunistas, con su hostilidad de siempre; los mexicanos, sorprendidos de mi brutalidad al decir lo que creí conveniente sacar a luz, a los quince años de destierro, acerca del olvido en que han caído, en sí mismos, los exiliados. Ni de revulsivo sirvió. Nadie –casi nadie– me felicitó, ni siquiera los de rigor. La emigración, como tal, está liquidada.¹⁷

Pero la tragedia colectiva del exilio fue también la personal de Aub. Como ya se ha dicho, se sabía una figura excéntrica, hasta anacrónica. Se consideraba escritor español,

¹⁵ Aub, Max, *Enero sin nombre. Los cuentos del Laberinto Mágico* (Alba), Barcelona, 1994, pp. 429-436.

¹⁶ Aub, *Enero sin nombre*, p. 402.

¹⁷ Aub, *Diarios*, p. 238.

aunque había nacido en París, no se mudó a España hasta los 11 años y tuvo que dejar su patria adoptiva a los 36. Era miembro del Partido Socialista pero nunca dejó de creer en una "tercera vía" frentepopulista, que definía como "una economía socialista en un estado liberal".¹⁸ Era un proyecto imposible, desde luego, en el clima internacional enrarecido de la Guerra Fría, que obligaba a una elección entre el comunismo y el anticomunismo. Aub simplemente se negaba a elegir, prefiriendo la parálisis de la aporía.¹⁹ "Pase lo que pase, no seré nunca anticomunista", escribió en 1971, "Ni comunista tampoco" (*Gallina*).²⁰ Para Aub, las consecuencias de esta fiel actitud aporética eran dolorosas. Se encontraba entre dos fuegos; le atacaban de los dos lados. Mientras que los comunistas, algunos de ellos buenos amigos suyos, le regañaron por lo que veían como una traición a la causa, Aub tuvo que luchar toda su vida contra su reputación persistente, pero falsa, de ser comunista militante e incluso agente soviético.

De hecho, la relación de Aub con el Partido Comunista es sumamente compleja. Por un lado, admiraba la tenacidad de los comunistas, así como su constancia en la lucha antifranquista y su organización. También reconocía al comunismo como una fuerza política progresista que luchaba por un cambio positivo, mientras que el capitalismo sólo pretendía preservar las desigualdades del status quo.²¹ Por otro lado, sin embargo, se le hizo imposible tragar el sacrificio comunista de lo que él consideraba como la decadencia más elemental —la moralidad, la ética, la autonomía individual, la amistad— en función de una disciplina de partido, de metas abstractas y lejanas, si no de estrategias oportunistas impuestas desde la cúpula.²²

De su diario se deduce que el ápice del conflicto entre Aub y el Partido cabe situarlo entre 1950 y 1952. En una serie de monólogos y diálogos ficticios con amigos comunistas suyos, intenta, con precisión desesperada, explicar su punto de vista y formular sus objeciones. Son fragmentos

¹⁸ Aub, *Hablo como hombre*, p. 51.

¹⁹ "Enemigo personal de la ignorancia, no puedo estar de acuerdo con una época cuya expresión más clara es buscar que medio mundo ignore al otro; que no se sepa, en Occidente, lo que sucede de bueno en Oriente; que no se olfatee, en Oriente, más que lo malo en Occidente. [...] [J]amás, sabiendo tanto, se ha procurado que se sepa menos" (*Hablo*, 10).

²⁰ Aub, Max, *La gallina ciega. Diario español* (Alba), Barcelona, 1995, p. 406. Aub insistió, por ejemplo, en que se formara un frente unido antifranquista que incluyera a los comunistas. Cuando Salvador de Madariaga argüía en 1960 que era imposible colaborar con los comunistas, Aub escribió: "Barrunto que Salvador de Madariaga, siendo tan antifranquista [...] ayuda así [...] a prolongar la dictadura de Franco" (*Hablo como hombre*, p. 117). En su diario anotó: "Cerrazón de mollera al no querer comprender que para conseguir un resultado positivo hay que recurrir a las ayudas necesarias. ¿O los Estados Unidos o Inglaterra se comunizaron al luchar con la URSS contra Hitler? ¿Dudaron en pelear juntos?" (*Diarios*, p. 315).

²¹ Aub, *Hablo como hombre*, p. 50.

²² "[No] es posible —de ninguna manera—" escribió en 1949, "aceptar que lo político destruya en el hombre todo sentimiento personal. El hecho horrendo de un padre denunciando a su hijo, un amigo a otro, viniendo a ser lo común amaga convertir el mundo en un inmenso cuartel policiaco, Y hacer del espionaje una virtud cardinal" (*Hablo como hombre*, p. 39).

emocionales en que Aub expresa su frustración y su desengaño; en vano trata de defender sus propias ideas sobre la amistad, la literatura y la política. Lo que más le saca de quicio es que, mientras que él se esfuerza por entender el punto de vista de sus amigos comunistas, éstos se niegan a hacer lo mismo con el suyo.

El conflicto reflejado en estos diálogos emocionados se originó en gran parte a partir de la publicación del cuento "Librada" en 1948. Es un relato extraordinario que vale la pena examinar con detenimiento, entre otras cosas porque constituye un buen ejemplo de lo que arriba he llamado el "realismo apórico" de Aub. Como ha demostrado Aznar Soler, "Librada" parte de una historia real. Relata el trágico fin del comunista exiliado Ernesto Rodríguez, que vuelve a España para coordinar la resistencia antifranquista. Su mujer, Librada, se queda en México con los hijos. Tan pronto como Ernesto cruza la frontera, es detenido y sentenciado a muerte. En este momento, el narrador y editor del cuento interrumpe su narración para reproducir varios "documentos auténticos", entre otros una carta de Ernesto a Librada en que el comunista explica que fue traicionado. Sigue una carta de los padres de Ernesto a Librada, en que cuentan lo ocurrido en términos vagos e indirectos para no alarmar a los censores. Finalmente, el narrador reproduce un artículo de un periódico del Partido que identifica a Ernesto como un espía anticomunista alistado por el servicio secreto británico. A continuación, el narrador observa

secamente: "Este artículo fue reproducido en México. Al día siguiente de leerlo, Librada se suicidó".²³ En la última sección del cuento, "Diálogo acerca de Librada", tres exiliados dan sus diferentes puntos de vista acerca de los trágicos eventos.

La sección consiste casi únicamente en diálogo. Como se sabe, éste predomina en toda la obra de Aub, que siempre se consideró más dramaturgo que otra cosa. Pero los diálogos de Aub suelen ser tan condensados y elípticos que a veces llegan a cobrar una cualidad expresionista. Exigen un gran esfuerzo del lector. Dada la ausencia casi total de acotaciones, a veces es imposible averiguar quién habla, aunque, a pesar de esta ambigüedad, suele quedar claro cuáles de las opiniones expresadas se acercan más a las del propio Aub. Lo que constituye el gran valor ideológico y filosófico del diálogo aubiano, sin embargo, es que éstas sólo se presentan como una opción entre varias, y no siempre la privilegiada. En la mayoría de los casos, además, el diálogo —y a veces el propio texto— termina sin que se resuelva el conflicto que le dio origen, ya que ninguno de los partidos le concede nada al otro. Más que diálogos, por tanto, lo que Aub registra son los monólogos desesperados de personajes que se empeñan en malentender y malinterpretarse los unos a los otros. Nos presenta, en fin, los fallidos intentos de comunicación y solidaridad que, en términos más generales, reflejan la parálisis política de la causa republicana. Al lector se le deja que forme su propia opinión —tarea ardua, dada

²³ Aub, *Enero sin nombre*, p. 365.

la aparente imposibilidad de resolver los dilemas presentados.

Es éste también el caso del “Diálogo acerca de Librada”. Los interlocutores son Luis Morales, “comunista desde que tenía uso de razón”; Gregorio Castillo, que se hizo comunista durante la guerra pero que, al dejar España, también abandonó el Partido, y Juan Luque, que “nació republicano y siguió siéndolo”.²⁴ Su discusión se lee como una cansada repetición de jugadas en que ninguno de los tres está dispuesto a ceder un ápice a los otros. Al comentar el hecho de que Ernesto Rodríguez fue acusado de traidor, dice Castillo, el ex comunista:

—Por cosas así salí del Partido.

Morales le mira de soslayo, con su ojo malo: —¿Y te sientes orgulloso de ello?

—No.²⁵

En reacción al argumento de Morales de que los objetivos del Partido justifican todos los medios, observa Luque, el republicano:

—No estoy de acuerdo, en absoluto, de ninguna manera. Y cada vez me afirmo más en una frase de Jovellanos que no recuerdo exactamente, pero que, poco más o menos, viene a decir: “No concurriré a sacrificar la generación presente al hipotético bienestar de las futuras”. [...]

[...] [Morales s]onrió y volteándose hacia Luque, determinó irónicamente:

—Eres un místico, y lo que es peor: un místico liberal.²⁶

Y cuando Luque cita a Tomás de Aquino para subrayar lo que considera como el ciego dogmatismo de Morales, éste ni siquiera se da por enterado: “No le hizo caso Luis Morales, que procuraba siempre ignorarle, [...]”.²⁷ De la misma manera, cuando Morales le pide a Luque que diga de qué lado del conflicto está, la conversación se para en seco, paralizada en una vía muerta:

[Morales, a Luque:] —¿Estás con ellos?

—¿Con quién?

—Con los que han traído lo que defiendes.

—No defiendo eso.

—Pues, aunque no lo creas, así es.

—No puedo renunciar a la verdad.

—No hay más verdad que la nuestra.

Luque se dio cuenta, una vez más, que era inútil seguir discutiendo. Y le pesaba, porque Morales era su amigo.²⁸

Castillo, el ex militante del Partido, intenta explicarle a Luque cómo funciona la moral comunista. Pero de nuevo lo intenta en vano:

— [...] La política, de una ocupación de pocos, ha pasado a ser la pasión de muchos. La menor desviación puede ser de resultados graves para la marcha del Partido. [...] Ya no se puede esperar a ver qué pasa. El fin está presente en cada momento. ¿Comprendes?

—No.²⁹

²⁴ Aub, *ob. cit.*, p. 366.

²⁵ Aub, *ob. cit.*, p. 367.

²⁶ Aub, *ob. cit.*, p. 368.

²⁷ Aub, *ob. cit.*, p. 369.

²⁸ Aub, *ob. cit.*, p. 372.

²⁹ Aub, *ob. cit.*, p. 374.

No cabe duda de que la posición de Luque es la que más se acerca a la de Aub. El texto, sin embargo, no invalida las posiciones de Morales y Castillo, ni mucho menos. No se demuestra que ninguno de los tres esté equivocado. Así, cuando Morales rechaza la "tercera vía" propuesta por Luque (y Aub), no hay nada en el texto para indicarnos que no tiene razón: "Déjate de pamplinas y méte bien eso en la cholla: no hay más que dos posiciones, y una sola solución, o estás con nosotros, o con los gringos y lo que representan. No hay, no existe la posibilidad de una tercera posición".³⁰ Lo mismo ocurre cuando Morales subraya la ineficacia, para una política antifascista, de una moral liberal burguesa cuyos máximos valores son la honestidad y la decencia: "Por el 'jugar limpio' de Azaña estamos en el destierro, y eso no es nada, pero por 'jugar limpio' está España como está. Esa política está mandada retirar. ¿Quién cree hoy en la ética, la ética liberal?".³¹ Y si es verdad que el narrador deja al comunista que se revele en toda su ingenuidad al afirmar que "sólo en la Unión Soviética hay luz y esperanza",³² tampoco

impide que el lector se dé cuenta de que el humanismo idealista de Luque carece de todo sentido práctico. Al terminar el texto, pues, se nos deja con el dilema irresuelto.³³

La distancia

Si el diálogo es una de las técnicas claves del realismo "exílico" de Aub, otra es la distancia. Desde luego, los textos de Aub están marcados por la distancia temporal y espacial implícitas en la condición exílica; pero, como ya hemos visto, también es importante la distancia que establece Aub, a su vez, entre sí mismo y la propia comunidad exílica.³⁴ En varios relatos, Aub realiza este distanciamiento por medio de la focalización narrativa.³⁵ El mejor ejemplo de esta técnica lo proporciona la magnífica "Verdadera historia de la muerte de Francisco Franco" (1960), que, contada en tercera persona con una predominancia del estilo indirecto libre, presenta a los exiliados en México vistos y vividos por un mesero mexicano de Guadalajara. Para este pobre hombre, la llegada de

³⁰ Aub, *ob. cit.*, p. 370.

³¹ Aub, *ob. cit.*, p. 368.

³² Aub, *ob. cit.*, p. 371.

³³ Y es que, como el propio Aub observa en *La gallina ciega*: "Hay problemas que no tienen solución. Lo he dicho muchas veces. Estamos pagando la gran equivocación de nuestros abuelos y bisabuelos que llegaron a creer que todos los problemas la tenían justa: las señaladas en el libro del maestro. Y es una tontería grande como una casa. Hay problemas que pueden tener una solución parcial, pequeña, que puede ser base para otra, también pequeña, dentro de equis número de años. Pero otros, no" (p. 396).

³⁴ En el breve autorretrato que sirve de introducción a *Hablo como hombre* (1967), escribe: "Nunca me tomé completamente en serio: siempre hubo, gracias al cielo, cierta distancia entre mi obra y yo. A este alejamiento no le suelen llamar arte, pero lo es" (*Hablo*, 11).

³⁵ Cabe recordar que en el *Manuscrito Cuervo*, Aub describe la vida en un campo de concentración francés tal y como es observada por un cuervo; en el cuento "Enero sin nombre" observamos el éxodo de los republicanos testimoniado por un árbol al lado de la carretera. (Ambos textos se publicaron en 1955 como parte de *Ciertos cuentos*.)

los españoles en 1939 supone el fin de lo que era una vida apaciblemente rutinaria. Se rompe para siempre la paz del café capitalino donde trabaja:

Los refugiados, que llenan el café de la mañana a la noche, sin otro quehacer visible, atruenan: palmadas violentas para llamar al “camarero,” psts, oigas estentóreos, protestas, gritos desaforados, inacabables discusiones en alta voz, reniegos, palabras inimaginables públicamente para oídos vernáculos.³⁶

Presentar la historia a través de un focalizador mexicano le permite a Aub burlarse de la descortesía de los españoles, de su “absoluta ignorancia americana” y del hecho de que sus compatriotas exiliados no tuviesen idea del “caudal de odio hacia los españoles” que existía en la antigua colonia. Además, subraya su “cerrazón nacionalista” y el paradójico “orgullo que les produjo la obra hispana que descubrieron como beneficio de inventario ajeno, de pronto propio.” “Jamás”, dice Aub con su magnífico sentido de la ironía, “las iglesias produjeron tanta jactancia, y más en cabezas, en su mayor número, anticlericales”.³⁷ En “El remate” (1961) Aub usa una técnica similar, al focalizar la desesperación de un escritor exiliado en México a través de un refugiado español afincado en Francia. Esto le permite, entre otras cosas, exponer la relativa comodidad de los exiliados “mexicanos” en comparación con los “franceses”. “Vivimos con cierta estre-

chez”, explica el que vive en Francia, “pero no nos falta nada [...] aunque sin duda, para los mejicanos –es decir, los refugiados españoles– vamos poco al cine y el carecer de cuarto de baño sea un estigma”.³⁸

En un sentido más fundamental, las estrategias narrativas distanciadoras subyacen en todo el *Laberinto mágico* también. En 1969, durante su breve vuelta a España, Aub observó que la distancia geográfica e histórica era un *sine qua non* para la recreación artística de un evento tan dramático como es una guerra: “Es muy difícil contar –o pintar– una guerra que se está viviendo, por eso no tiene nada de particular que el cuadro lo hiciera Picasso en París y no aquí, en España. [...] Las guerras y el amor, como todo, necesitan de cierta perspectiva”.³⁹ Así, también, las bromas textuales e históricas que a Aub le encantaba gastar a sus lectores dependen de técnicas distanciadoras. En relatos como “La verdadera historia...”, en que el mesero mexicano decide y consigue matar a Franco, o “De los beneficios de las guerras civiles”, en que el narrador celebra la guerra civil por haber acabado con los miembros de una familia horrorosa que, de otro modo, se habría convertido en la suya por lazos matrimoniales, Aub relata las consecuencias de eventos históricos hipotéticos. Al hacerlo, sin embargo, se sitúa en una posición “ucrónica”, fuera del tiempo: cuenta desde una historia paralela, inventada.

³⁶ Aub, *Enero sin nombre*, p. 413.

³⁷ Aub, *ob. cit.*, pp. 413-414.

³⁸ Aub, *ob. cit.*, p. 462.

³⁹ Aub, *La gallina ciega*, pp. 223-224.



Esta torcedura temporal de la hipótesis histórica –¿qué habría pasado si la República hubiera ganado la guerra?, ¿cómo sería el mundo si Franco hubiera sucumbido con Hitler y Mussolini?– es precisamente lo que constituye el limbo del exilio. Así, los juegos de Aub no son, de ninguna manera, gratuitos; al contrario, llegan a expresar nítidamente lo que constituye la frustración del exiliado. Tantean posibles respuestas a la pregunta que nunca deja de torturarlo: ¿qué habría ocurrido si no hubiera salido de España? ¿Cómo sería su vida si las cosas hubieran sido de otro modo, si hubieran sido como *deberían ser*? El exilio produce una escisión que enajena al sujeto de sí mismo, un corte radical que dobla al individuo en el que es y el que podría haber sido. “Si fuéramos perfectos y a semejanza de Dios”, observa el protagonista de “El remate”, “seríamos dos en uno. Uno, el que somos; otro, el que debimos ser. O uno: el que fue; otro, el que debió ser”.⁴⁰ En *La gallina ciega*, el propio Aub confiesa que “se deshace en deseos”; que le consume “la furia del amor hacia un pasado que no fue, por un futuro imposible”.⁴¹

La vida del exilio, dice Michael Ugarte, se vuelve irreal, y de la misma manera que el desterrado está separado del espacio patrio, el abismo “entre la realidad y la descripción de lo que ocurrió se va abriendo a medida que el autor escribe”. Según Ugarte, el exilio “intensifica la [precaria] relación entre el lenguaje y la realidad, porque la vida en el

exilio es, en muchos casos, una vida de ficción”.⁴² Aub se dio plena cuenta de ello, aprovechándolo con gran éxito en mistificaciones espectaculares tales como *Jusep Torres Campalans* (1958) –la biografía apócrifa de un pintor inexistente– o *Luis Álvarez Petreña* (1934, 1964, 1971), un poeta menor, también ficticio, que resulta ser una *persona* literaria del propio Aub. De forma similar, gran parte de la narrativa aubiana está poblada de textos y personajes históricos. En “El remate”, ya mencionado, aparecen Paulino Masip y Vicente Lloréns. En “La verdadera historia...”, nos encontramos con José Bergamín, Octavio Paz, León Felipe y José Moreno Villa. En “Homenaje a Lázaro Valdés” Aub cita uno de sus propios artículos, atribuyéndolo al protagonista; y, en *Jusep Torres Campalans*, Aub se introduce a sí mismo como el biógrafo del misterioso pintor catalán.

Irónicamente, sin embargo, en momentos importantes de su vida el propio Aub, maestro de la mistificación, tuvo que sufrir las duras consecuencias de ficciones pasadas por verdad –sobre todo de la persistente patraña que, desde 1939, le identificaba como agente comunista. Dos veces, en 1947 y 1953, el periódico mexicano *Excélsior* lo mencionó en un artículo como un individuo “peligroso”, militante del Partido. La primera vez, Aub se contentó con escribir una carta al director denunciando la falsedad de la información. Pero en 1953, en plena guerra fría, decidió escribirle al mismo Presidente

⁴⁰ Aub, *Enero sin nombre*, p. 470.

⁴¹ Aub, *La gallina ciega*, p. 311.

⁴² Ugarte, *ob. cit.*, pp. 24, 31.

de México, Adolfo Ruiz Cortines. En la carta repetía que no era ni había sido nunca comunista, subrayando su lealtad a México y dando una larga lista de figuras prominentes de la vida intelectual mexicana capaces de confirmarla. Como he argüido en otro sitio, de esta carta pueden sacarse al menos tres conclusiones.⁴³ Primero, la lista de amigos prominentes que presenta Aub demuestra hasta qué punto se había sabido integrar a la vida del país. Segundo, indica que, a pesar de esa integración, su situación como exiliado era lo bastante precaria como para tomar en serio una acusación ridícula como la presentada por *Excelsior*, y dirigirse a la instancia más poderosa del país. Tercero, ilustra la importancia de que los exiliados españoles mantuvieran una buena relación con el régimen anfitrión, del que dependían políticamente y, muchas veces, económicamente también. Estas últimas dos conclusiones se confirmarán en el análisis de *La gallina ciega* que abordaremos a continuación.

La vuelta

Como se sabe, Aub pudo volver a España en 1969, treinta años después de haberse exiliado. Como motivo inmediato de su viaje alegaba la necesidad de juntar materiales para la biografía que estaba escribiendo sobre su amigo Luis Buñuel. Sin embargo, los apuntes y grabaciones que hizo durante el tiempo que pasó en España también le sirvie-

ron, una vez vuelto a México, como base de *La gallina ciega* (1971). Este libro, escrito en forma de diario, constituye una tremenda crítica de la pasividad y autocomplacencia de la España franquista que, hacia finales de los años 60, se había dejado adormecer, resignada y ablandada por los beneficios materiales del boom económico. Aub lanza su crítica desde una continuada fe en los ideales republicanos de la libertad, la democracia y la justicia social, así como en el poder emancipador del conocimiento y de la educación —es decir, desde una continuada fe en la cultura. Su gran desilusión —“¿Dónde está nuestra España? ¿Dónde queda? ¿Qué han hecho con ella? [...] ¿Dónde está el honor, la honra, la verdad, la sed de justicia?”⁴⁴— sirve de espejo cruelmente revelador para una España cuya oposición a la dictadura ha desaparecido, derrotada por las tentaciones de la sociedad de consumo. Al mismo tiempo, sin embargo, España también sirve de espejo, no menos cruel, para el propio Aub. Sólo al volver a la patria se da cuenta de cuánto ha envejecido, y de cuánto han envejecido sus ideas.

La crítica de Aub, en otras palabras, es a su vez susceptible de crítica. Y como de costumbre, Aub es lo bastante honesto y autoconsciente como para proporcionarnos los medios de relativizar su posición. A lo largo del texto, nos sugiere modos de leer su propio discurso a contrapelo; nos permite llenar los huecos y silencios que él mismo se niega a remendar. En lo que sigue emprenderé este camino señalado por el propio autor, con-

⁴³ Véase “El exilio mexicano de Max Aub. La relación con el régimen anfitrión,” de próxima aparición en la *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*.

⁴⁴ Aub, *La gallina ciega*, pp. 413, 478-479.

centrándome en lo que, en mi opinión, constituye una de las ausencias más llamativas del texto: Aub visitó España en 1969, poco más de un año después de la violenta represión del movimiento estudiantil por el gobierno mexicano en octubre de 1968, pero aunque Aub nos informa sobre sus reuniones con estudiantes españoles y su papel en la lucha antifranquista, nunca alude, ni siquiera indirectamente, a los eventos recientes de México.⁴⁵

En realidad, sin embargo, haciendo algunas salvedades, se podría argüir que la situación social y política de México en 1969 no era tan diferente de la española. Ambas naciones tenían regímenes autoritarios mal disfrazados de democráticos; regímenes, además, que ejercían un control casi total sobre los medios de comunicación —al menos sobre los medios masivos— y cuyo éxito económico les había creado cierto apoyo, o al menos aceptación pasiva, de gran parte de la población. Desde luego, la historia política y la retórica legitimadora de la dictadura franquista era muy diferente de la del régimen “revolucionario institucional” mexicano. También es forzoso admitir que los ciudadanos e intelectuales mexicanos gozaban de más libertad de expresión que sus homólogos españoles; no era fácil criticar públicamente al gobierno mexicano, pero tampoco era imposible. No obstante, hacia finales de los años 60 la gradual descongela-

ción del régimen franquista y la gradual osificación del PRI habían acercado más que nunca a los dos sistemas.

Aub, sin embargo, no reconoce esta similitud. Podría incluso decirse que su crítica de España es demasiada dura, mientras que su actitud para con México y su gobierno peca de una benevolencia excesiva. Dada la situación personal de Aub, desde luego, esta discrepancia no deja de ser lógica. A pesar de los treinta años de exilio, quince después de adquirir la ciudadanía mexicana, Aub seguía dependiente del gobierno mexicano, atado por la consabida prohibición de intervenir en la política mexicana tanto como por una innegable deuda de gratitud. En cambio, si Aub podía permitirse criticar tan duramente a España era porque no había lazos u obligaciones que le ataran a las instituciones franquistas. En este sentido es significativo la alarma que causó la actitud crítica de Aub entre los amigos que aparecen en *La gallina ciega* y que sí tenían tales lazos y obligaciones.⁴⁶ De este modo, la falta de equilibrio con que Aub trata a sus dos patrias adoptivas en *La gallina ciega*, es ilustrativa de las paradojas y las limitaciones discursivas inherentes al exilio político.

La imagen que Aub da de los españoles afincados en España es, curiosamente, muy similar a la pintada en casi toda su producción narrativa y dramática de los españoles exiliados en México. Derrotados por el de-

⁴⁵ Aznar Soler, Manuel, “Max Aub en el laberinto español de 1969”, en Aub, Max, *La gallina ciega*, p. 20n.

⁴⁶ “Paco [Francisco Giner] está asustado por las consecuencias que pueda traerle (a su familia, los G.T., a Vicente, a Dámaso) lo que de ellos cuento”, apunta Aub en su diario poco después de publicarse *La gallina* (*Diarios*, p. 496). Dos semanas después, escribe: “C[armen] Balcells se echa a temblar ante *La gallina ciega*. Qué dirá Dámaso [Alonso]? ¿Qué dirá [Joan] Oliver?” (p. 499).

sengaño, los habitantes de la España franquista se han convertido en seres apolíticos, egoístas y pasivos. Muchos se han hecho ricos; otros son enterrados vivos:

La terrible soledad del intelectual liberal español que se quedó aquí en 1939 o regresó años más tarde (los que sean) a querer trabajar. Si rico y desengañado: en su piso o finca, callado, inmóvil, ignorante; si no, trabajando en lo que no le interesa o echado a punta de pistola (como Bergamín). No hablo del político que vino a jugarse el físico y de eso vive como vivió, clandestino de sí mismo, sino del triste encerrado en su piso, a lo sumo con su mujer; en el mejor de los casos, con sus libros, relejendo, tomando el sol, refugiado por partida doble: el que no soportó el país que le tocó ni es soportado por el suyo, a su regreso. Se queda en casa, viviendo lo que fue, viéndose como en aquel tiempo, imposibilitado para el futuro como lo está para el presente.⁴⁷

Lo que más choca a Aub es lo que percibe como una sobrecogedora amnesia histórica. Le indigna la ignorancia universal, sobre todo entre los jóvenes. Nada saben, por ejemplo, de la guerra civil:

El caparazón de ignorancia que el régimen ha echado sobre cada español medio —de plomo e incienso— es quizá, para ellos, la definición de la felicidad tal como el comunismo puede ofrecerlo en la URSS y en Checoslovaquia, hasta que dejen de respirar. En general los españoles están muertos; Larra dijo lo mismo en condiciones parecidas y Cernuda lo re-

pitió hace años en Londres. Goya y Picasso morirán en Francia.

...
[¿C]ómo van a crecer estos niños? Todavía más ignorantes de la verdad que sus padres.

...
Un pueblo de ignorantes, de resignados. [...] Tendría que suceder un terremoto para que esto cambiara [...] La habilidad del régimen ha sido dejar en babia a la casi totalidad del país.

...
Ya nadie sabe nada, ni recuerda nada, ni quiere saber nada.⁴⁸

La resignación generalizada le saca de quicio:

El español que se mueve hoy por la calle, [...] no tiene idea de lo que es ser libre. ...

Ni una palabra contra el régimen, ni una en favor. No callan por callar sino porque no tienen nada que decir. ...

Éste es un pueblo gobernado que no protesta de serlo.⁴⁹

Lo que más desengaño le produce será, quizá, el hecho de que muy pocos, incluidos los estudiantes de literatura, saben quién es y todavía menos han leído algo suyo.

La presencia del diálogo en *La gallina ciega* es tan importante como en las demás obras de Aub y, al igual que en los cuentos comentados anteriormente, Aub no menoscaba a los que no están de acuerdo con él. Como es lógico, esta estrategia acaba por socavar la autoridad del narrador: se deja al lector que forme su propia opinión. Es más,

⁴⁷ Aub, *La gallina ciega*, p. 567.

⁴⁸ Aub, *ob. cit.*, pp. 183-84, 251, 315, 339.

⁴⁹ Aub, *ob. cit.*, pp. 180, 189, 334.

el autor en cierto modo invita o desafía al lector a que critique a Aub o que al menos relativice su indignación.⁵⁰

Además, el libro presenta a un gran número de interlocutores que aparecen en muchas combinaciones diferentes, sin que el narrador se esfuerce demasiado en distinguir al uno del otro. A veces los diálogos transcritos son en realidad monólogos internos del propio Aub; en otras ocasiones, escuchamos a Aub en conversación con otros personajes. Pero también hay casos en que Aub asume un papel pasivo de oyente en que sólo transcribe el diálogo de otros. Y como casi nunca queda claro qué afirmaciones pertenecen a Aub, el lector está obligado a analizar detenidamente el contenido de lo dicho para ver a quién se lo podría adjudicar. Desde luego, este proceso hermenéutico cobra características laberínticas en que el lector está condenado a perderse. Y no es éste el único aspecto problemático del diálogo de *La gallina ciega*. En varios momentos, Aub llama la atención sobre el hecho de que lo que leemos no son sino conversaciones *reconstruidas* —reconstrucciones imperfectas, ya que se basan en apuntes, grabaciones y la siempre falible memoria del autor. “Claro que reconstruyo esta salomónica columna verte-

bral de nuestra conversación”, dice en un momento; en otro, al transcribir un diálogo dice: “En mis notas confundo lo dicho por él y por mí. Como no importa gran cosa, así lo dejo”.⁵¹

Al igual que en sus cuentos, por tanto, la predominancia del diálogo en *La gallina ciega* introduce un factor importante de ambigüedad y ambivalencia. Más de una vez, Aub se reconoce incapaz de defenderse de los argumentos que le lanzan sus interlocutores. “¿Que no hay libertad? Es un decir”, afirma uno en reacción a las quejas de Aub sobre la falta de libertad bajo un régimen dictatorial, y le devuelve la pregunta: “¿Qué hicisteis con ella? ¿Crees que nos hace mucha falta?”.⁵² “¿Que aquí no hay libertad?”, repite otro después, contestando: “De acuerdo, compañero. ¿Y allí?”.⁵³ En un diálogo con el poeta Ángel González, éste le revela la envidia que sentían los intelectuales del interior hacia sus compañeros exiliados. A Aub, esta revelación le obliga, de repente, a modificar la imagen que tenía de sí mismo:

Y vosotros en América, tan rica, tan ricamente; y nosotros aquí, aguantando. [...] Estamos enterrados. [...]

—¿Así que nos envidiáis?

—Con toda el alma.

⁵⁰ “Acepto, naturalmente, que los españoles no estén de acuerdo con mi modo de haber calibrado la realidad”, escribe hacia el final del libro (p. 569).

⁵¹ Aub, *ob. cit.*, pp. 218, 455. En otro momento, un antiguo amigo que ha sobrevivido al campo de concentración de Mauthausen destruye, con pocas palabras, cualquier valor documental que pudiera tener un libro como *La gallina ciega*. Cuando Aub le pregunta si se debería reproducir la historia de la guerra, su amigo le contesta tajantemente: “No. Porque no lo harás más que aproximadamente. Y no vale. Será una falsificación. Aunque lo grabaras y lo reprodujeras. Faltaría el tono, mi convicción, el sentido real de mis palabras que tú percibes pero que no dan las palabras mismas impresas... Las palabras impresas —en negro— son cadáveres de palabras” (p. 356).

⁵² Aub, *ob. cit.*, p. 161.

⁵³ Aub, *ob. cit.*, p. 234.

-No había caído en eso.

-Pues cae, cae...

(Ésta es la verdad: ¿qué me he creído? ¿Que porque me fue mal fuera de las fronteras, a los treinta y pico de años, puedo compararme en daños con éstos que nacieron veinte años más tarde? [...] Y no me salgas con el hambre que, a lo sumo, todos pasamos la misma [...] Tienen hoy de 40 a 50 años. ¿Qué han hecho? Poca cosa. Se han equivocado. [...])⁵⁴

Como se ve, pues, Aub emplea el diálogo para relativizar sus propias críticas. Se convierte a sí mismo en un personaje más, lo cual, paradójicamente, le permite ser tan intransigente, cabezón e irrazonable como los demás: en ocasiones, el papel que se adjudica se limita al de "un cochino intelectual pequeño burgués".⁵⁵ Al mismo tiempo, sin embargo, en su función de autor implícito —es decir, la instancia que controla la composición del texto en su totalidad— presenta una imagen sumamente matizada y ambigua. Por más fuertes que sean su ira y desencanto, estos sentimientos no impiden que Aub admita la posibilidad de que, tal vez, sus frustraciones no sólo tengan que ver con España sino también consigo mismo. En un momento clave, transcribe un diálogo entre él y su mujer:

- [...] Serviremos para las historias, de las de muchos tomos. Me da rabia, vergüenza, porque además, normalmente, por su misma ignorancia, no les importa... [...]

-Es posible que no tengas razón, que sea rabietta de viejo.

-Lo acepto.

-O celos.

-Y darme una importancia que nunca tuve.

-Tú sabrás.⁵⁶

Los muchos diálogos interiores tienen un efecto muy similar:

Vives en lo que fue. Vives en lo olvidado. Vives en falso. Lo malo es que existes y no puedes vivir, viviendo, con esto. Y vives. Vives.

-Sí, a destiempo.

-Estoy de acuerdo, pero creí que era otro.

...

Sí: te deshaces en deseos, te consume la furia del amor hacia un pasado que no fue, por un futuro imposible. [...] [S]entí que lloraba. Lloraba calmo, por mí y por España. Por España tan inconsecuente, olvidadiza, inconsciente, lejana de cualquier rebeldía, perjura. [...] No me hagas reír. Lloras sobre ti mismo. Sobre tu propio entierro, sobre la ignorancia en que están todos de tu obra mostrenca, que no tiene casa ni hogar ni señor ni amo conocido, ignorante y torpe...⁵⁷

La ironía del espejo

Como ya se ha argüido antes, sin embargo, muchos de los fenómenos que Aub criticaba en España también se daban en México o, puestos a pensarlo, en cualquier otro país occidental del periodo. La pasividad genera-

⁵⁴ Aub, *ob. cit.*, pp. 227-229.

⁵⁵ Aub, *ob. cit.*, p. 406.

⁵⁶ Aub, *ob. cit.*, p. 245.

⁵⁷ Aub, *ob. cit.*, pp. 190, 311.

lizada de la población, por ejemplo –“Quienielas, lotería, fútbol. [...] Abundancia, despreocupación. Turistas, buenas tiendas, excelente comida, [...] ¿Qué más quieren? No quieren más”–, no era una característica exclusivamente española. Cabe decir lo mismo de la corrupción: “[N]os hemos vuelto adictos a la *mordida*, como decís en México”, dice alguien, “a la desvergüenza, a la ignorancia, al enriquecimiento simoniaco”.⁵⁸ Y el propio Aub dice:

[H]abéis hecho de España un conglomerado de seres que no saben para qué viven ni lo que quieren, como no sea vivir bien. Franco ha hecho el milagro de convertir a España en una república suramericana... [...]

Todos mienten, todos falsean, todos se venden. España ha venido a ser una república sudamericana.⁵⁹

Pero es, sobre todo, el lúcido análisis que nos presenta Aub de la posición precaria en que se encuentran los intelectuales españoles el que parece ajustarse perfectamente a la situación del México de la época:

El gobierno español, durante esos años, a través del Ministerio de Información y Turismo, de una manera a veces muy sutil, ha hecho todo lo posible para comprender también a los intelectuales españoles; quien más, quien menos, dependen en cierto modo de conferencias, de invitaciones, de poder publicar en revistas y, en realidad, unos más, otros menos, en ge-

neral los escritores españoles, casi todos, son *malgré tout* funcionarios de un régimen. Y no se atreven a atacarlo frontalmente, y no gozan de la suficiente libertad de expresión para poder, por lo menos, intentar una obra realmente independiente y realmente sincera y verdadera. Esto también, muy en general.⁶⁰

Ahora bien, sería injusto afirmar que Aub no es consciente de estas contradicciones. Se da plena cuenta de que los fenómenos que le irritan en España y los españoles no se limitan a su patria. Así, cuando escribe que “desde que llegué me di cuenta de que aquí, en general, a nadie le importa un comino como no sea vivir en paz y de la mejor manera posible”, se apresura a agregar:

Si me pongo a pensar treinta segundos: ¿cuándo no?, ¿dónde no? ¿Es o no el ideal del hombre? Sí. Nadie se queja ni se puede quejar. Para mayor diversión pueden hablar mal del régimen cuando les dé la gana y donde quieran. Escribir sería otra cosa.⁶¹

En otro lugar, se pregunta: “¿Es mejor en México? [...] ¿Es mejor en Francia, en Italia? –No”.⁶²

No obstante, Aub da la impresión de haber adoptado una especie de chovinismo mexicano que no le permite admitir que la situación en México tal vez sea tan mala como la española, a pesar de que le faltan los

⁵⁸ Aub, *ob. cit.*, pp. 130, 132.

⁵⁹ Aub, *ob. cit.*, pp. 140, 362.

⁶⁰ Aub, *ob. cit.*, p. 581.

⁶¹ Aub, *ob. cit.*, p. 221.

⁶² Aub, *ob. cit.*, p. 310.

argumentos para apoyar esta posición. “La TV mexicana es mala”, escribe, “pero la española, peor”.⁶³ En otra conversación sobre México, observa:

El pueblo existe si vota. [...] Hay pueblo mexicano porque, digan lo que digan las malas lenguas, el pueblo mexicano vota. Antes no lo hacía: era una colonia. [...] ¿Qué es mejor? No lo sé. A lo mejor, lo excelente es lo de México donde hay un partido y un pueblo. Vuelvo a proclamar mi ignorancia. [...] En España no hay partido ni pueblo, ¿un gobierno? Un amo de casa como ya no los hay.⁶⁴

Es ilustrativo en este sentido el diálogo entre Aub y un exiliado que ha vuelto de México a España:

– [...] Si mañana el gobierno decide que todo el mundo debe comer lechuga e hiciera la campaña necesaria por la televisión, ten la seguridad que a los ocho días, si no todos, el ochenta por ciento de los españoles rumiarán lechuga.

–¿Crees que el futuro de los españoles es comer lechuga?

–¿Por qué no si el gobierno lo decide? Y de ahí “pal’real” como decís todavía en México.

–Allí el problema es distinto.

–Muy ligeramente y porque os hacéis ilusiones. Sí, allí la televisión no pertenece directamente al Estado sino a la gran industria, a los bancos.

–Aquí, al ejército.

–¡Gran diferencia!

–Sí. No.⁶⁵

El motivo del espejo, tan fundamental para entender *La gallina ciega*, cobra otra dimensión en los pasajes que describen los encuentros con los escritores latinoamericanos que, paradójicamente, se han exiliado a la España de Franco para liberarse de sus propios gobiernos represivos. Gabriel García Márquez no sólo vive y trabaja en España, sino que goza de una libertad intelectual que para Aub, español, sólo existe en México. ¿Cabe mayor ironía? Resulta que la represión y la censura también respetan la soberanía nacional. Los intelectuales sufren de este fenómeno, pero también sacan provecho de él: la libertad existe, pero hay que buscarla en el extranjero. García Márquez vive en España por las mismas razones que Aub vive en México: para poder criticar al gobierno de su patria. Pero ninguno de los dos puede permitirse intervenir en la política de su país anfitrión. Aub se da plena cuenta de que se trata de una paradoja demasiado común en la vida intelectual del siglo XX:

–Sí. El Gabo y la Gaba. Felices. Como Mario en Londres y Carlos y Julio en París. Pueden hablar mal de su país. Está bien. Sobre todo no es nuevo. Recuerdo a Martín Luis, echando pestes contra Calles, y a Rubén Romero y a Rómulo Gallegos. Y a Vasconcelos, frenético, en la Montaña. Toda la literatura suramericana que ha valido políticamente su pena literaria se ha hecho en el exilio. Si no toda, casi y más aquí en España. Se escribe mejor del país, fuera. [...] El exilio –el voluntario

⁶³ Aub, *ob. cit.*, p. 199.

⁶⁴ Aub, *ob. cit.*, p. 404.

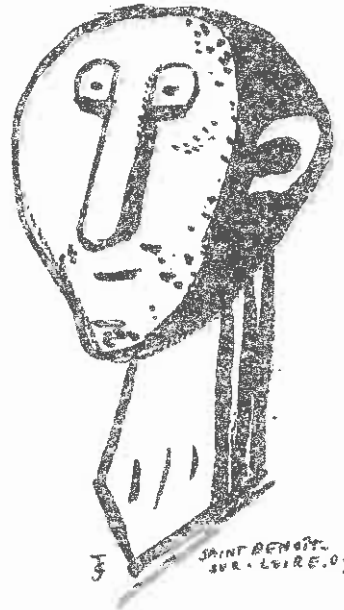
⁶⁵ Aub, *ob. cit.*, p. 424.

sobre todo— es magnífico. Eres dueño de ti mismo y si te quieres meter con el gobierno o con los amigos que se quedaron allí, tienes menos perjuicio y más espacio. Y si es forzado —el exilio— la furia te incita y pincha —puyazos o banderillas— a menos que te estoquee. ...

Comprenderás que a Franco le tiene absolutamente sin cuidado que Vargas Llosa escriba aquí cuando se le antoje acerca de los dirigentes del Perú o que Carlos Fuentes, si viniese, haga lo mismo con el PRI y México. Y lo mismo digo de García Márquez o de quien sea.⁶⁶

Como se ha demostrado aquí, sin embargo, la libertad del exilio tiene un precio. En primer lugar, el intelectual exiliado pierde el contacto físico con la comunidad para y sobre la cual piensa, escribe y publica. En segundo lugar, como observa Yossi Shain, los exiliados tienen una “extrema vulnerabilidad ante las acusaciones de la falta de lealtad nacional”.⁶⁷ Su salida de la patria, en otras palabras, siempre puede explicarse como un abandono de la nación y del pueblo: una muestra de cobardía. En tercer lugar, por lo general el exiliado sólo se puede permitir cortar los lazos institucionales de la patria si establece otros lazos similares en otra parte.

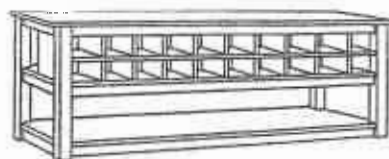
Sebastiaan Faber
Oberlin College, EE.UU.



⁶⁶ Aub, *ob. cit.*, pp. 125-26, 252.

⁶⁷ Shain, Yossi, *The Frontier of Loyalty: Political Exiles in the Age of the Nation-State* (Wesleyan University Press), Middletown, Conn., 1989, p. 24.

Anuario de estudios sobre los exilios culturales españoles



Directores:

Manuel Aznar Soler

(GEXEL-Universitat Autònoma de Barcelona)

e

Ignacio Soldevila Durante

(Universit  Laval, Québec, Canadá)

Secretario:

Juan María Calles

(Biblioteca Valenciana)

Consejo de Redacción:

Cecilio Alonso

(UNED, Valencia)

Josep Lluís Barona

(Universitat de València)

José Ignacio Cruz

(Universitat de València)

Juan Galiana

(Biblioteca Valenciana)

María Fernanda Mancebo

(Universitat de València)

María José Mill n

(University of Southampton)

Amparo Ranch

(Archivo Eduardo Ranch, Valencia)

Consejo Asesor:

Alicia Alted Vigil

(UNED, Madrid)

Carlos Blanco Aguinaga

(Universidad de California, La Jolla)

Francisco Caudet

(Universidad Aut noma de Madrid)

Nigel Dennis

(University of Saint Andrews, Scotland)

Sebastian Faber

(Oberlin College, EE.UU.)

José-Carlos Mainer

(Universidad de Zaragoza)

José Ricardo Morales

(Academia Chilena de la Lengua)

José M.  Naharro-Calderón

(Universidades de Maryland y Alcalá de Henares)

Javier Pérez Bazo

(Universit  de Toulouse-le-Mirail)

Juan Rodríguez

(GEXEL-Universitat Aut noma de Barcelona)

Serge Sala n

(Universit  de Paris III-Sorbonne Nouvelle)

Adolfo Sánchez Vázquez

(Universidad Nacional Aut noma de México)

Gonzalo Sobejano

(University of Columbia, New York)

James Valender

(El Colegio de México)

José Luis Villacañas

(Universidad de Murcia)

Diseño gr fico:

Rafael Ramírez Blanco

Responsable t cnico

de la edición:

Antoni Paricio

 **Biblioteca Valenciana**

 **GENERALITAT VALENCIANA**
CONSELLERIA DE CULTURA I EDUCACIÓ
DIRECCIÓ GENERAL DEL LLIBRE, ARXIU I BIBLIOTECES